LA DEFENSA DE EUROPA OCCIDENTAL: DE LA ORTODOXIA A LA SEGURIDAD COMPARTIDA

ÁNGEL VIÑAS

LOS PROBLEMAS relacionados con la paz y la seguridad en Europa se han convertido otra vez en uno de los temas en los que con mayor intensidad se ha centrado, en los últimos años, la lucha política en muchas de nuestras sociedades. España, tanto tiempo al margen de esos dilemas, no es una excepción. El debate sobre la pertenencia a la Alianza Atlántica ha puesto de relieve hasta qué punto eran importantes las fisuras potenciales que podían generarse en la sociedad y en las fuerzas políticas hispanas. En ocasiones, la escisión de estas últimas y la aparición de nuevos movimientos pacifistas han dado a la discusión un dejo de conflicto de fe.

Sin embargo, tanto en el Este como en el Oeste, Europa ha vivido durante las últimas cuatro décadas uno de los periodos de paz más largos de su historia. Ni en el mundo abierto por el Congreso de Viena, y que pareció hacer crisis con el estallido de la guerra de Crimea, cuarenta años más tarde, se registra un lapso tan pacífico: en aquella época estallaron revueltas, revoluciones populares e incluso guerras civiles (como, por ejemplo, en España).

Las razones que explican tan extenso periodo de pacificación no son difíciles de encontrar; sobre ellas se han escrito innumerables interpretaciones. Aquí destacaré sólo tres.¹ En primer lugar, está el hecho —históricamente insólito— de que poco después de la Segunda Guerra Mundial las dos superpotencias proyectaron su influencia y poder militares hasta el corazón mismo del Viejo Continente.

En el Este, la Unión Soviética formó un imperio, que no se dividió a pesar de numerosos pronósticos, y en el que los intentos nacionalistas por conseguir mayor autonomía (por ejemplo, la República Democrática Alemana, Hungría, Checoslovaquia y Polonia) fueron suprimidos

¹ Véase, para un análisis más detallado, Ángel Viñas, "Convencionalización de la defensa militar en Europa: algunos problemas", *Estrategia* (Lisboa), núm. 1, enero-marzo de 1986.

o controlados, bien directamente o por delegación. Este *glacis* imperial no pone en peligro la seguridad soviética; actúa como zona de defensa avanzada y vanguardia en la que se encuentran las divisiones mejor equipadas y entrenadas con que cuenta el Kremlin.

En el Oeste, Estados Unidos creó su propia zona de influencia, no a la manera imperial clásica, pero sí —para utilizar la terminología de Karl W. Deutsch— en una “comunidad de seguridad”. A pesar del predominio político norteamericano, persisten fricciones intraeuropeas e intra-atlánticas, pero la violencia o la amenaza de su empleo no constituyen ya una manifestación normal de la política, ni para los europeos ni para los norteamericanos.

En los años veinte, Gran Bretaña y Francia podían hacer “juegos de guerra” en los que la otra parte apareciese como adversario potencial. Entonces, eso era poco realista; hoy sería simplemente grotesco.

En segundo lugar, la larga tregua mencionada se ha mantenido porque se fundamenta en las armas. Existe una acumulación sin precedentes de capacidad destructiva en ambos lados de la frontera que separa el Este del Oeste. Millones de soldados en pie de guerra, dotados de armamentos de un elevado potencial letal, constantemente renovados y modernizados, velan por que se mantenga el *status quo* y garantizan que una eventual alteración de éste genere costos desproporcionados para el agresor. No era ésta la situación en 1914 o en 1939, si bien en ocasiones se han extraído paralelos poco afortunados.

Por último, la paz de Europa, como ya predijo Churchill, está basada en el terror. Las armas nucleares, desplegadas tanto en las fronteras como en el corazón de las superpotencias, y con las que se podría asestar golpes mortales tanto a la zona europea adversaria como al otro gran antagonista, han elevado insospechadamente el costo de oportunidad posible de la guerra. Asimismo, han creado un tabú sobre el empleo de la violencia directa entre Estados Unidos y la Unión Soviética y han aconsejado un cuidado extremo en la gestión del conflicto político, económico e ideológico entre los dos grandes sistemas. Finalmente han obliterado la distinción —hasta ahora históricamente nítida— entre agresión y suicidio. El temor a las consecuencias de un cambio en el *status quo* territorial, resultado de una agresión de la otra parte, es considerable, y a él no se escapa ningún país europeo (ya esté alineado en uno de los bandos o mantenga una neutralidad armada o pactada). Tampoco las superpotencias eluden esta situación.

En consecuencia, Europa ha preservado la paz como si se tratara de un oasis de templanza en un mundo desgarrado por conflictos económicos, políticos y militares y en el que los vacíos de la descoloniza-

ción han estado ocupados indirectamente, bien por las propias superpotencias, bien mediante regímenes de representación.

No ha sido fácil mantener esta paz; se ha basado en arreglos organizativos complejos cuya función última estriba en administrar ese bien público supremo que es la disuasión mutua. Desde 1949, la Organización del Tratado del Atlántico Norte y la estructura militar con el mando integrado que derivó de aquél, han polarizado los esfuerzos occidentales por defender el *status quo*. Las divergencias de interés, a veces muy intensas, surgidas a ambos lados del Atlántico, no han mermado hasta ahora el hecho absoluto de que Europa occidental en el renglón de seguridad sigue dependiendo del apoyo nuclear, convencional y logístico que desde entonces se comprometieron a prestarle los estadounidenses.

En el Este, una red de acuerdos bilaterales entre la Unión Soviética y los países de su esfera de influencia ha sido el fundamento sobre el cual se estructuró, como respuesta a la integración de la República Federal de Alemania a la Alianza Atlántica y al rearme alemán, la Organización del Pacto de Varsovia. Desde entonces han avanzado mucho la unidad de doctrina, la estandarización y la estructuración de la cadena de equipamiento entre los miembros.

Al Este y al Oeste se acumulan medios de disuasión justificados por un diagnóstico sobre las eventuales intenciones del adversario y basados en la organización de la fuerza congruente con doctrinas muy elaboradas.

No hay nada más cauteloso ni más conservador que un planificador militar que aspira a garantizar la seguridad. Sin embargo, con el tiempo la valoración militar ha pasado a determinar, e incluso en ocasiones a substituir, la evaluación política.

Aun así, se plantea siempre una cuestión fundamental: equiparar capacidad e intenciones puede no ser realista. Queda, sin embargo, por explicar por qué las capacidades militares de una de las partes, en este caso la oriental, adoptan una determinada configuración y siguen un desarrollo continuado.

Está de moda, y es un ejercicio sano, criticar los diagnósticos y las doctrinas sobre los que se basa la defensa no autónoma, armada y orientada por la amenaza del terror que existe actualmente en Europa.² La ortodoxia de la seguridad ha llevado, en forma indudable, a situaciones aberrantes tanto en el Oeste como en el Este.

Subsiste, empero, un despliegue de fuerza militar —convencional

² Véase, por ejemplo, la reciente colección de ensayos de Albrecht, Berg, Lodgaard, Lutz, Schlotter y Senghaas, *La seguridad europea a debate. Bloques, neutralismo, desvinculación*, Barcelona, Fontamara, 1985.

y nuclear— difícil de modificar que sirve de testimonio de la experiencia de los numerosos esfuerzos fallidos en materia de control de armamentos, y que absorbe recursos de alto costo de oportunidad. Esto no se hace por capricho.

Desde el punto de vista de la ortodoxia occidental se afirma que la paz y seguridad en Europa se ven amenazadas por el surgimiento de desequilibrios militares en favor de la Unión Soviética; respecto a esto se recuerda que el Kremlin ha mantenido una política de forzamiento de la capacidad militar, incluso en momentos en que la distensión festejaba sus grandes triunfos.

Helmut Schmidt no tardó en argumentar que por debajo del nivel estratégico global, en el que las superpotencias habían alcanzado, en los años setenta, una situación de paridad o de equivalencia aproximada, la significación de los desequilibrios en el balance europeo adquiriría un carácter preocupante.

La superioridad convencional soviética, donde se incluían las armas químicas y bacteriológicas, podía, en efecto, inducir un proceso que erosionara la vinculación euronorteamericana, de por sí debilitada por la neutralización de los arsenales estratégicos centrales. El Kremlin, así, estaría en condiciones de utilizar dicho proceso para aumentar las tendencias a un eventual desenganche entre los dos lados del Atlántico, lo que haría posible una creciente toma de influencia de la URSS sobre los destinos de Europa occidental.

En condiciones absolutamente insólitas, como las derivadas de la vulnerabilidad de los territorios de las superpotencias a eventuales agresiones de la otra, la reducción de los desequilibrios regionales se convertiría en un mecanismo esencial para paliar las consecuencias de una evolución del problema. El temor, al término de ésta, sería un chantaje político-militar a los países europeos occidentales.

En este sentido el mantener la estrategia de la respuesta flexible, orientada por la necesidad de evitar un fallo en la disuasión, aparece como garantía de paz. Dicha doctrina prevé la estrecha interacción entre los distintos medios persuasivos la verosimilitud de respuesta al nivel escogido por el adversario; lo incalculable del riesgo al que éste se expone, y una elevación del umbral nuclear, si bien nunca a precios demasiado altos que hagan su traspaso absolutamente improbable. De esta suerte, se piensa que el eventual agresor será convencido de asumir el riesgo que conlleva una modificación del *status quo* territorial europeo, porque las ventajas que de ello pudiera extraer no estarían en una relación razonable con respecto al costo en que habría que incurrir para conseguirlo.

El apego de la Alianza a una opción de primer empleo de los arsenales nucleares para defendérsese de una agresión convencional desde el Este, aumenta lo incalculable del riesgo. En el mismo sentido apunta la acumulación de grandes arsenales de armas de segundo golpe, que podrían ser utilizadas aun en el caso de las pérdidas subsiguientes a una eventual aventura nuclear a que se lanzara el adversario.

Esta argumentación ortodoxa se basa en ciertos supuestos. Primero, en considerar a la Unión Soviética como un adversario potencial peligroso cuyo sistema sociopolítico tiende a la represión en el interior y a la expansión en el exterior. Esta última, por consiguiente, ha de ser refrenada con medidas militares, único campo en el que el Kremlin ocupa una posición de superpotencia, tras el deterioro de su credibilidad ideológica, económica y social.

Por otra parte, está el supuesto de que la Unión Soviética ha acumulado una capacidad militar muy por encima de sus propias y legítimas necesidades de seguridad, aun cuando se reconozca que, por diversas razones, la ofensiva debería constituir la base de la estrategia soviética.

Los motivos más frecuentemente aludidos para lo anterior son la experiencia de las dos guerras mundiales; el hecho de que fuera del *glacis* está rodeada de enemigos potenciales, incluida China, y la necesidad de desviar un conflicto proyectándolo hacia territorios que no sean los de sus aliados.

En tercer lugar, en la idea de que la aceptación de desequilibrios profundos en el ámbito militar puede llevar a la Unión Soviética a conclusiones equivocadas acerca de la voluntad de resistencia de los países europeos occidentales. En tal sentido se afirma que en la carrera armamentista es preciso mantener el paso, pues de no ser así el adversario potencial podría interpretar tal retracción como un signo de debilidad.

En cuarto término, en la creencia de que si bien las gestiones de disuasión se han hecho muy complejas, la efectividad de dicha estrategia es tal que el riesgo de fracaso es prácticamente nulo. La Alianza Atlántica, por ejemplo, sigue paso a paso todas las modificaciones que puedan ocurrir en el dispositivo de fuerzas del adversario, de tal suerte que en cada momento pueden inferirse sus intenciones. Nada ha hecho pensar hasta ahora que el Kremlin esté dispuesto a lanzarse a una aventura, ni siquiera se creyó eso en los años 1983 y 1984, cuando se presentó una fuerte elevación de la tensión Este-Oeste.

Finalmente, suele indicarse que la carrera armamentista no tiene una lógica inmanente que se sustraiga de la continua evaluación que hacen las autoridades nacionales de la situación de seguridad. Para los

países europeos occidentales, la acumulación de fuerza militar es la consecuencia de las tensiones políticas y sociales entre los dos grandes sistemas. De aquí que la estrategia disuasoria deba complementarse con todo tipo de ofertas e intentos para que intensifiquen la colaboración con el adversario potencial; por tanto, al aumentar la confianza entre los dos bandos sería posible reducir los niveles de los arsenales.

Estos supuestos admiten multitud de interpretaciones y a ello se deben las considerables divergencias que en los últimos años se han abierto entre europeos y norteamericanos. En la dialéctica entre equilibrio y distensión, entre fuerza y colaboración, no es raro que se hayan resaltado los primeros términos de cada binomio, en detrimento de los segundos. Así, puede darse el caso de que se otorgue prioridad absoluta a la búsqueda de supremacía militar parcial, en lugar de acentuar los esfuerzos de distensión y control de armamentos. La historia de los últimos tres o cuatro años sobre las pugnas en el gobierno estadounidense quizá no haya sido escrita definitivamente, aunque lo ya conocido ilustra con claridad lo dicho.³

Cómo salir de esta situación constituye, sin duda, una de las cuestiones más importantes para las sociedades europeas, que han formulado varias estrategias. La primera reacción estriba en lanzar una crítica masiva a los fundamentos sobre los que se basa la ortodoxia occidental en materia de política de seguridad; numerosos movimientos radicales —pacifistas y ecologistas— apoyados por *think-tanks* independientes en universidades y centros de investigación sobre la paz, han puesto de relieve muchas incoherencias de esta doctrina.

La lógica de la disuasión ha sido un blanco favorito para ambos: la defensa de los intereses propios la asegura, en efecto, con la amenaza del suicidio; el adversario, se dice, será capaz en todo momento de actuar racionalmente y de sopesar los costos y beneficios que acarrearán las acciones que podrían desestabilizar el *status quo*. Por lo demás, se señala que el sistema de la disuasión mutua genera constantemente inestabilidad pues estos cambios militares entrañan riesgos inaceptables para la propia seguridad. De aquí que no sea difícil desplegar, dada la velocidad del cambio tecnológico, otros sistemas de armas que crearían a su vez nuevos desequilibrios que el adversario se vería obligado a compensar. El resultado es que ambos bandos aspiran, no al equilibrio, sino a un cierto grado de preeminencia, lo que genera una dinámica que produce un estado permanente de inseguridad e inestabilidad.

³ Strobe Talbott, *Deadly Gambits: The Reagan Administration and the Stalemate in Nuclear Arms Control*, Nueva York, Knopf, 1984.

La crítica al pensamiento ortodoxo acentúa el peligro que entraña la actual situación en Europa. La literatura que produjo el movimiento pacifista alemán entre los años 1981 y 1983, no da lugar a otra impresión. Acumular arsenales acrecienta el riesgo y hace más verosímil el estallido de un conflicto, bien sea por deslizamiento o por incapacidad para controlar el eventual empleo de las armas nucleares. Contiene dicho juicio el germen de la nueva ética que pueda servir de base para una política que imposibilite el riesgo de una guerra.⁴ El camino del desarme no apunta hacia nuevas rondas de rearmamento, sino a la congelación de arsenales y a tomar medidas decididas para reducirlos, aunque en un primer momento esto se haga en forma unilateral.

Sólo los países democráticos occidentales tienen la solidez suficiente, se afirma, para iniciar tales medidas, que en un principio no cabe esperar de la Unión Soviética, cuya concepción de sus necesidades de seguridad es paranoica. La crítica se dirige, por lo demás, contra las dos superpotencias, que practican una política exterior y de seguridad igualmente agresiva y de expansión, la cual reduce el margen de manobra de los demás países. El tema de la equiparación tiene un papel muy importante en el movimiento pacifista que ve en el comportamiento tanto de soviéticos como de norteamericanos numerosos paralelismos. Los países europeos consideran que en las respectivas zonas de influencia hay *glacis* más o menos imperiales, en los que, si la situación se volviera demasiado tensa, se podría dirimir un conflicto armado y evitar así la destrucción de los territorios de las potencias.

La conclusión es devastadora para la ortodoxia, dado que la garantía nuclear norteamericana en favor de Europa ha perdido credibilidad; los intereses vitales de los países europeos del occidente no coinciden ya con los de Estados Unidos. De aquí que unas naciones se pronuncien por una desvinculación respecto a los esquemas de defensa común y otras subrayen la urgente necesidad de que Europa occidental fortalezca su propia postura en materia de seguridad.

Íntimamente ligadas a la crítica del sistema de disuasión están las muy diversas valoraciones sobre la estrategia y amenaza del Este. Hay quienes, como Ericson, subrayan que en las declaraciones y literatura militares soviéticas parece predominar la idea de que la guerra nuclear (que podría resultar de un cambio en el *status quo* territorial de Europa), no es un instrumento racional de la política, puesto que la relación entre fines y medios pierde toda importancia posible cuando el costo de

⁴ El *best-seller* absoluto es, en este aspecto, Franz Alt, *Frieden ist möglich. Die Politik der Bergpredigt*, Munich, Piper, numerosas ediciones.

destruir al enemigo es autoinmolarse. En este sentido los soviéticos considerarían que el papel de la fuerza militar sería el de hacer ver al campo imperialista que los medios castrenses no pueden resolver la pugna histórica entre los dos grandes sistemas de organización socioeconómica.⁵

La política de la Unión Soviética trataría, básicamente, de reducir los incentivos para hacer pensar que un ataque contra el Este pudiera tener éxito. Se hace hincapié en la obvia necesidad de evitar todo estallido de hostilidades. Empero, también aquí si el Kremlin aplica una lógica de anticipación del peor caso entre los posibles, desarrollará una capacidad de combate en condiciones de conflicto nuclear, con lo que se garantizará la posibilidad de asestar un golpe tras haber recibido uno previo.

Para otros analistas, sobre todo norteamericanos, el crecimiento de la capacidad de proyección del poder militar soviético a grandes distancias, y la certeza de una mayor inestabilidad en regiones del Tercer Mundo donde el Kremlin pudiera extraer provecho, son razones que les hacen considerar que Europa ya no es el principal escenario de la posible agresión de la URSS. Habría, dicen, otras amenazas, incluso fuera de la zona en que surte efectos el tratado de Washington, y la postura occidental debiera entonces orientarse por la necesidad de proteger las fuentes de materias primas y las rutas de comunicación marítima, negando así al Kremlin toda interferencia con las mismas.

Stratmann ha recordado que el hecho de que la Unión Soviética siga concediendo prioridad a la ampliación de su capacidad militar contra la OTAN, no tiene un impacto profundo entre los investigadores mencionados debido a dos razones:

a) La situación militar en Europa se considera estable y es remoto que haya un conflicto bélico.

b) El nivel de preparación de la Alianza ante una emergencia no es demasiado elevado, y si ésta no ha ocurrido ya no es probable que se suscite en el futuro.

Numerosos estudios en Europa occidental contrarrestan la nueva opinión de expertos norteamericanos y subrayan que la manera en que los soviéticos asignan recursos militares permite inferir un alto grado de continuidad. La modernización de las fuerzas y los programas de revisión de las mismas siguen apuntando hacia las dos misiones estratégicas que, aparte de la concurrencia en el ámbito nuclear global, son las más importantes para el Kremlin: Europa y el noreste asiático.

⁵ John Ericson, "The Soviet View of Deterrence: A General Survey", *Survival*, noviembre-diciembre de 1982.

También se afirma que desde el punto de vista de la congruencia entre esfuerzos y objetivos, la estrategia soviética para tiempos de paz y de guerra son complementarias y se refuerzan mutuamente. El énfasis en la modernización de las fuerzas del Pacto de Varsovia, en Europa oriental, es equivalente a la voluntad de deteriorar la vinculación euro-norteamericana.

De aquí se deduce que las acciones prioritarias de la URSS contra Europa occidental, en el caso de que fallara la disuasión, quedarían determinadas por dos objetivos básicos y fundamentales: en primer lugar, disuadir o, si esto no es posible, limitar los ataques nucleares norteamericanos contra el territorio soviético. En segundo, dislocar la Alianza Atlántica por medio de una ofensiva rápida contra los países europeos occidentales, con el fin de romper la línea de defensa avanzada de los aliados y alcanzar el Rin y los puertos del Mar del Norte en el más corto lapso posible.

En este sentido, los trabajos de la Alianza muestran que en la opinión soviética, las fuerzas del Pacto de Varsovia deberían ser capaces de cubrir tales objetivos ejecutando las operaciones necesarias en cualquier circunstancia, lo que incluye el empleo de armas nucleares y químicas. Desde luego, la capacidad del Pacto para llevar a cabo acciones combinadas con armas convencionales y nucleares ha aumentado extraordinariamente desde los años setenta y ha originado gran cantidad de dudas acerca de la escalada nuclear deliberada por parte de la OTAN.⁶

En los últimos años se ha escrito mucho sobre la posibilidad de hacer más convencional, a un costo razonable, la capacidad de resistencia de la OTAN frente a un eventual ataque del Este. En el otoño de 1984 la Alianza adoptó el concepto de la FOFA (*Follow-on Forces Attack*, ataque a las fuerzas subsiguientes) como primer paso para elaborar una estrategia más adecuada para la actual situación militar de Europa.

La FOFA trata de neutralizar una parte de las brigadas de refuerzo del Pacto de Varsovia y de retrasar la progresión de las restantes. La decisión fue precedida de un debate intenso: se afirmaba que la prioridad esencial en toda innovación debe otorgarse a la necesidad de contrarrestar las amenazas prioritarias.

Por otro lado, si la amenaza más peligrosa, en la ruptura del frente, es el eventual éxito de los denominados “grupos operativos de manobra” soviéticos, quizá hubiese sido más conveniente reforzar unidades

⁶ K-Peter Stratmann, “Nato Doctrine and Operational Priorities: The Central Front and the Flanks”, ponencia presentada a la reunión anual del International Institute for Strategic Studies, Berlín, septiembre de 1985.

móviles que pudieran constituir una segunda línea de defensa, a manera de “fuerzas de interdicción de retaguardia”.

Para fundamentar políticamente todo diagnóstico de la situación estratégico-militar en Europa es necesario realizar una discusión abierta que gire alrededor de tres supuestos y una pregunta concreta: si es verdadero, como afirma la ortodoxia, primero, que los niveles de fuerza convencional de la OTAN son muy inferiores a los del Pacto de Varsovia; segundo, que la capacidad nuclear técnica de aquélla es sumamente vulnerable y además de difícil uso, y, finalmente, que las fuerzas estratégicas nucleares (norteamericanas) desempeñan un papel limitado y estricto de represalia; entonces, ¿qué ha impedido a la Unión Soviética invadir el Oeste europeo?

De acuerdo con Kaufmann, una posible respuesta a esta interrogante es que, por lo menos desde la muerte de Stalin, el Kremlin no ha tenido en realidad la intención de atacar militarmente a la OTAN. Otra es que, en vista de que para la Alianza la defensa de Europa occidental es mucho más vital que para el Pacto de Varsovia su conquista, la mera probabilidad —por escasa que ésta sea— de que proteger este interés básico pudiera desencadenar una respuesta nuclear, basta para disuadir a la Unión Soviética. Por último, que sea incorrecta la valoración ortodoxa sobre las deficiencias en los niveles de defensa convencional de la OTAN.⁷

El trabajo de Kaufmann evidencia que si bien esta valoración sigue vigente, es empero discutible, como lo demuestran investigaciones de otros analistas. Kaufmann señala la elevada probabilidad que tiene la Alianza de alcanzar sus objetivos esenciales en el mar y cómo en términos de defensa convencional dista de verse afectada por una intensa debilidad frente al Pacto de Varsovia; así como la carencia de una defensa no nuclear en la región de más peligro, que es Europa central.

Ciertamente hay un riesgo. Sin embargo, no es muy probable que haya una avanzada soviética que pudiera llegar rápidamente al Rin o al Canal de la Mancha, aunque ésa sea la intención estratégica del Kremlin. Las fuerzas de la Alianza podrían detenerla sin verse obligadas a recurrir inmediatamente a los arsenales nucleares.

Ningún bando puede anticipar el resultado de una conflagración en Europa, ni siquiera si ésta es convencional, lo cual sirve precisamente para disuadir un ataque, en ausencia de poderosos motivos extramilita-

⁷ William W. Kaufmann, “Non-nuclear Deterrence”, en John D. Steinbruner y Leon V. Sigal (eds.), *Alliance Security: NATO and the No-First-Use Question*, Washington D.C., The Brookings Institution, 1983.

res. Las valoraciones anuales del *International Institute for Strategic Studies* de Londres no emplean otro lenguaje, y así aseguran que el equilibrio convencional en Europa es tal que la posibilidad de una agresión militar sigue siendo una decisión de mucho riesgo para ambos lados. Aun en el supuesto de lograr victorias locales, no parece que ninguno de los dos bandos disponga de la fuerza suficiente como para garantizar el triunfo total. Las consecuencias para el agresor serían impredecibles, y los riesgos, sobre todo de escalada nuclear, incalculables.⁸

Resulta necesario dar todo el juego posible a la valoración política, para que surta todos sus efectos en una actuación que esté menos orientada por el temor de un inminente colapso militar.

A lo largo de los últimos años numerosos análisis referentes a los asuntos nucleares han puesto de manifiesto que la forma en que se lleva a cabo la política de la Alianza adolece de innumerables defectos; por ejemplo, se ha afirmado hasta la saciedad que las armas nucleares de corto alcance (utilizables en combate con fines tácticos) tienen gran vulnerabilidad frente a la destrucción preventiva que pueda realizar el Pacto de Varsovia, incluso por medios convencionales. También se ha indicado que la complejidad y lentitud de los procesos a seguir, conceden una superioridad al posible agresor mientras los jefes de las unidades militares puedan hacer uso de las armas. Steinbruner sostiene que la infraestructura que sirve de base a las operaciones nucleares de la Alianza está expuesta a ataques preventivos, lo cual viola uno de los principios esenciales de la planificación estratégica:

Unas fuerzas diseñadas para disuadir un conflicto, ya sea por la amenaza de represalias que produzcan un daño inaceptable o por la promesa de una defensa eficaz, deben ser ampliamente invulnerables a ataques preventivos. De lo contrario, y en medio de una crisis, valen más para provocar un ataque que para evitarlo.⁹

Si esta interpretación fuese correcta habría que desprender de ella algunas medidas urgentes. La más importante sería la de continuar con el proceso de retirada de las armas nucleares tácticas desde sus emplazamientos actuales, muy avanzados y expuestos, a otros más atrasados en los que por lo menos reciban algún tipo de protección contra ataques convencionales. Además, su eventual empleo debería separarse de la planificación de las operaciones convencionales, lo cual no será fácil. Todo esto suscitará numerosos elementos de discusión entre europeos

⁸ *Military Balance, 1985-1986*, p. 185.

⁹ "Alliance Security", en la obra de la nota 7.

y norteamericanos que, sin duda, no dejarán de estar presentes en el debate político-militar de los próximos años. En cualquier caso, queda margen para reducir los arsenales, tal como se reconoció en las negociaciones soviético-norteamericanas realizadas en Ginebra.

En la actualidad, el primer imperativo para la configuración de un futuro europeo más seguro es el control de armamentos y la política de distensión.

Egon Bahr, por su parte, indica que la europeización de la política de seguridad implica reducir la importancia de lo militar y oponerse a las tendencias polarizantes. Quienes aprecien los intereses europeos de corazón deben continuar la política de distensión, porque es esta distensión la que da a los países europeos un cierto grado de igualdad con las potencias nucleares.¹⁰

La pregunta es, pues, si ambos procesos, el de reducir armamentos y el de la distensión, desembocarían o no en un estado de —utilizando el término ya acuñado por Helmut Schmidt y Egon Bahr— *security partnership* (seguridad compartida) entre Este y Oeste.

Para que la distensión pueda reanudarse en Europa, no es indispensable que se restituya a nivel global, aunque, evidentemente, esto se lo facilitaría. Sin embargo, una distensión centrada en el viejo continente puede contribuir a impulsar la general. Dada la peculiar circunstancia en que se encuentran los países europeos, la distensión es particularmente necesaria y, de superar con éxito las pruebas del futuro, sería difícil que esto no llegase a tener efectos que aminoraran la tensión entre las superpotencias.

También será importante que los avances logrados en el terreno del desarme, tanto a nivel estratégico como en el ámbito nuclear, se reflejen en el continente europeo.

En el futuro próximo la limitación de armamentos en Europa debe recibir una mayor prioridad por razones fácilmente comprensibles: primero, se han conseguido ya logros importantes respecto al acercamiento entre los países europeos, orientales y occidentales; luego, Europa es el continente en donde las fuerzas de ambos bloques están en contacto directo; por último, la evolución previsible en el campo tecnológico afectará en forma inmediata a los sistemas que pudieran desplegarse en el continente.

La seguridad compartida puede no ser un paso revolucionario, como

¹⁰ Egon Bahr, "Gemeinsame Sicherheit-Voraussetzung für kollektive Sicherheit", *Vierteljahresschrift für Sicherheit und Frieden*, vol. 2, núm. 1, 1984.

lo desearían muchos miembros de los movimientos pacifistas, pero sus implicaciones son de gran alcance si se considera el actual estado de sobresaturación de armas en Europa; las dudas acerca de la garantía norteamericana; el peso excesivo de las superpotencias sobre los destinos de los países europeos, y las crecientes dificultades con que tropieza la política de seguridad ortodoxa.

La noción de *security partnership* no es una reliquia de la época pre-nuclear, como lo es el pensamiento que domina aún la doctrina en que se basan los despliegues de la Alianza. Comprueba, en forma obvia, que en la era nuclear ya no es posible, al menos en un sentido mínimamente significativo, hablar en términos de victoria total sobre el adversario.

Desde que en las sociedades industriales modernas el hombre dispone, para eventuales usos bélicos, de la fuerza destructiva del átomo, la guerra ha perdido su función y papel tradicionales. El aforismo clásico *si vis pacem, para bellum* no refleja la realidad del presente. La guerra ya no protege, en efecto, a la población, ni al territorio, ni a los bienes materiales o inmateriales, puesto que un conflicto nuclear puede destruir todo aquello que importaría salvaguardar.

En una palabra, en la época del *overkill* nuclear la violencia ha dejado de ser el medio adecuado para regular los conflictos del enfrentamiento Este-Oeste.

Por primera vez en la historia, la seguridad se ha convertido en querer y poder vivir con el adversario.

A largo plazo, ningún país puede alcanzar un nivel de seguridad razonable si sus decisiones sobre su propio despliegue militar son unilaterales. Y eso, por la simple razón de que la seguridad depende también de las acciones y reacciones de los adversarios potenciales. La Comisión Palme ya subrayó que los estados no pueden buscar su seguridad a expensas de la de los otros; sólo la obtendrán por medio de arreglos cooperativos.¹¹

La conferencia de Estocolmo podría minimizar muchos de los temores que gravitan sobre Europa, gracias a una mayor transparencia; a la introducción de ciertas obligaciones sobre las actividades militares en ambos lados de la línea divisoria, y a declaraciones pacifistas que inspiren confianza.

Se requieren, asimismo, otras ideas, otras doctrinas. La experiencia muestra que el cambio en el campo político-estratégico es lento; na-

¹¹ Véase sobre el tema en general SIPRI, *Policies for Common Security*, Londres, Taylor & Francis, 1985.

die quiere exponerse a riesgos innecesarios. Pero sí debería haber transformaciones. Éste es el reto y la aspiración presente en un sinnúmero de propuestas, a veces poco realistas, a veces demasiado tímidas, que tanto en el presente como en lo futuro definirán el debate más importante al que se enfrenta Europa.

Es satisfactorio ver a España, durante tanto tiempo marginada de los problemas europeos, participando en este gran debate. El documento sobre paz y seguridad dado a conocer por el Partido Socialista Obrero Español a finales de 1985, muestra cómo la fuerza política que sustenta al primer gobierno enteramente socialista de nuestra historia es sensible a la reflexión que se hace allende las fronteras, y participa en ella.

Esta resolución participativa refleja un serio esfuerzo por conceptualizar los problemas de seguridad en Europa; un análisis profundo sobre las experiencias obtenidas en la Alianza Atlántica, y una voluntad declarada de contribuir, junto con las restantes democracias europeas —en la medida de nuestras posibilidades—, a la construcción de una Europa cuya defensa sea más autónoma, más realista y más adaptada a las condiciones de este siglo.